

Repentinamente se oyó un golpe..... Todos se voltiaron..... era el capitán, que había caído al suelo.

El coronel, Nicolas y Sluchu se le acercaron, Kyschtim estaba tendido sin conocimiento. La respiración era pesada, apenas había pulsaciones..... la sangre le salía de las narices..... espuma de la boca..... otro suspiro..... y había muerto.

Un golpe al cerebro había concluido con su existencia.

CAPITULO XIII.

Tumba y lecho nupcial.

El coronel mandó enterrar al capitán, y que se le tributaran á sus restos los honores de su grado. Era Sotoff uno de aquellos hombres que se encuentran tan frecuentemente en Rusia, en los cuales la severidad y dureza en el servicio, y aun la brutalidad para con los inferiores, no excluye una conducta moderada y aun cariñosa con sus iguales, y por eso deseó á Ivan toda suerte de felicidades.

Convidó á Ivan á comer con él. Durante la comida refirió el joven el amor que profesaba á Annuchka, hija del kan de los kirguizios, para demostrarle que no habian

existido relaciones punibles entre él y los kirguizios de la horda mas inmediata. Tampoco habia sido desertor, por haber vuelto siempre á su puesto.

El coronel le escuchó con calma, pero no encontró justificado el abandono del puesto, diciendo:

—Es bueno que S. M. el emperador haya mandado expresamente ponerlos en libertad sin condicion alguna, porque os confieso que sin esto os hubiera castigado severamente. El servicio requiere orden y severidad. Mas una vez que lo quiere así el emperador, estais libre y os felicito por ello. Pero ¿qué vais á hacer ahora con la jóven kirguizia?

—Me la traeré, contestó Ivan, y la llevaré como esposa á Orenburgo. ¿Me dais el permiso?

El coronel meditó un instante, despues dijo:

—¡Sea pues! La hija de un kan de kirguizios, como súbdita del czar, será siempre un lazo mas entre estas hordas salvajes y la Rusia; tal vez con el tiempo seguirá toda la horda.

El coronel siguió hablando mucho sobre las relaciones de los kirguizios y de la Rusia; miéntras se impacientaba Ivan por no poder leer la carta del Sr. de Humboldt y de su madre.

Al fin se levantó el coronel para dar las órdenes correspondientes al recemplazo del difunto capitán.

Ivan se quedó solo. ¡Con qué júbilo abrió la carta de su madre, que era del tenor siguiente:

«¡Querido hijo!

«¡Al fin, al fin, despues de trascurridos cuatro años, siento el primer gozo en mi corazon! ¡Eres libre!..... ¡Eres salvo y vuelves á la vida! y aunque no puedes todavía volver á San Petersburgo, y echarte en los brazos de tu madre..... aunque debo renunciar á esta felicidad de estrecharte á tí, mi único bien, contra mi corazon, me consuela el pensamiento de que mi hijo ha escapado de la terrible suerte de un deportado.

«¡Oh Ivan! ¡Cuánto he sufrido durante tu ausencia! ¡cuántas lágrimas he derramado! ¡Dios sea loado, que las ha convertido en lágrimas de alegría! Gracias al emperador por su indulto, y gracias ante todo, *al mas noble y mejor de los hombres, Sr. Alejandro de Humboldt, que por su constante empeño durante su viaje y su valeroso y enérgico lenguaje con el emperador y la emperatriz, ha podido conseguir tu libertad.* El Sr. de Humboldt ha hecho indudablemente grandes cosas, como sabes, pero tambien ha adquirido como hombre humano, méritos impercederos. ¡Que le alcance la bendicion de una madre, antes tan desgraciada y ahora tan feliz!..... ¡Que la bendicion de tu difunto padre se una con la nuestra, para que el buen Dios le procure una edad muy avanzada y feliz!.....»

El jóven se detuvo profundamente conmovido.

—¡Sí! exclamó, derramando lágrimas de gratitud. ¡Sí! Dios infinito y bondadoso, esto te ruego tambien. Bendice *al mas noble y mejor de los hombres, bendice al*

Sr. de Humboldt, y dejadle alcanzar una edad muy avanzada y feliz.

Y besando la carta de su madre, la humedeció con sus lágrimas.

A la carta acompañaba también una gran cantidad de dinero, con el objeto de poder hacer los primeros gastos para establecerse en Orenburgo.

Muchas veces volvió á leer la carta de su madre, y necesitó á lo menos media hora para recobrar la calma necesaria y leer la carta del Sr. de Humboldt.

Con pocas, pero claras y cariñosas palabras, anunciaba Humboldt al que le habia salvado la vida, lo que habia conseguido para él. Después de haber estado en Astracán y el mar Caspio habia vuelto á San Petersburgo, pasando por Woranech, Tula y Moskowa. Luego al llegar á San Petersburgo rindió su informe al emperador, mencionando la solicitud que habia hecho antes por la libertad de Ivan y Nikitas. Al principio no quiso conceder nada el emperador, pero cuando Humboldt insistió en su empeño por los dos desgraciados, y el czar supo que Ivan habia salvado la vida á Humboldt, consintió al fin. La carta del último concluía con desear á Ivan todas las felicidades apetecibles.

En el acto contestó éste las dos cartas, para que el coronel Sotoff pudiera llevar las contestaciones y despacharlas á San Petersburgo.

Antes de hacer los preparativos para ir con Annuchka, el quedó aún otro deber que cumplir.

Era de noche, cuando unos hombres á caballo pasaron al galope por el páramo. El jefe de ellos, un jóven pálido, llevaba vestidos semejantes á los de un ruso acomodado; los que le seguian debian ser criados. Sus caballos traian maletas, otros objetos y dos palas. Todos se dirigian hácia el mayask mas próximo.

Después de haberle alcanzado, se adelantó el jefe y presentó un papel al cosaco que estaba de guardia; quien al tomarle dirigió su vista á aquel y exclamó sorprendido.

—¡Ivan!

Pero no dijo mas, porque el papel contenia una orden del coronel Sotoff, de dejar pasar á Ivan Witkiewicz á la aldea vecina de los kirguizios, y además, de no ponerle obstáculo alguno en lo que intentara hacer en las inmediaciones del mayask.

¡Avanzad! dijo el cosaco, lleno aun de asombro; los ginetes avanzaron hasta que no lejos del mayask se detuvo el jefe, mandando á los que traian las palas que le siguiesen.

Pocas palabras eran suficientes para que se pusieran á trabajar, *cavando un sepulcro.*

Acabado este tres hombres depositaron en él un cadáver, medio comido de los animales; era el de Nikitas. Ivan se arrodilló delante de esta tumba reciente, orando y derramando abundantes lágrimas..... y luego.....

El jóven y los demas han desaparecido..... y solo la

pálida luz de la luna alumbraba el sepulcro..... en el páramo solitario.

¡Cuántas penas y cuánto dolor quedaron allí sepultados! ¡Una vida llena de martirios había cesado de existir!

¡Qué descanse, pues, en paz este mártir, que tanto sufrió..... pero ¡ay y tres veces ay de sus perseguidores y asesinos!

¡Solitaria en el páramo queda..... la tumbal.....

¡Horrible monotonía del desierto..... y de la tumbal.....

¡Empero el dolor y la alegría, la desesperacion y el júbilo, el nacimiento y la muerte, la dicha y la felicidad..... todo esto está íntimamente ligado con la vida, como la luz y la sombra en un solo cuadro!

Ivan había llegado á la aldea de los kirguizios. La bella Annuchka y sus padres recibieron de él magníficos regalos, pero á la primera le importaba mas que todo el regreso de su amado, á quien había estado esperando con ansia ya desde el dia anterior.

Aunque la sorprendiera penosamente la noticia de que tenia que abandonar á sus padres, amigos y patria; su amor hácia Witkiewicz hizo acallar todos sus escrúpulos.

La aldea kirguizia volvió á tener una fiesta de boda. Otra vez se presentaron tres pretendientes delante de la yurta de Annuchka. Otra vez voló esta por tres veces en su caballo turemenio, y otra vez escapó de los dos pri-

meros pretendientes..... pero el tercero, Ivan Witkiewicz, la alcanzó en las carreras.

Pronto llevó á Annuchka, como su esposa, á su nuevo domicilio á Orenburgo. ¡Qué hermosos dias pasaron entonces para Ivan, y mas bellos habían de ser, pues el destino parecia querer indemnizarle de todo lo que había sufrido.

Ivan Witkiewicz, que en Orsk había aprendido el idioma persa, fué nombrado por el gobierno ruso *intérprete de la legacion rusa en Persia, con el título de capitán del ejército*. Feliz en sus circunstancias exteriores, feliz con su amor, y agradablemente conmovido por la noticia de que también su madre había recobrado toda su jovialidad por el bienestar de su querido hijo, se estableció con su amada Annuchka en Kabul.

Allí, en los hermosos valles de Grusia, situada en el lado meridional del Cáucaso, vivían felices, é Ivan bendecía con frecuencia el recuerdo de *aquel* hombre, á quien debía todo..... la libertad, la vida, el amor y la felicidad: á *Alejandro de Humboldt*.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE LA TERCERA SECCION.